

cha. En suma, mis puntos 5) y 6) pueden ser defendidos desde la misma perspectiva de Schwarzböck – con sólo forzar un poco la interpretación, una de las formas sublimes de la beligerancia filosófica.

7) *Los espantos* es un libro esperanzador, aunque parezca desesperado. Los espantos son aquello que la revolución prometía erradicar, y que ahora persiste pese al fenecer de las utopías. Los espantos son los espectros que, como los de Marx, impiden que la vida se cierre en la vida de derecha, que obturan el eterno retorno de lo mismo bajo la forma de la no verdad y exigen que, tarde o temprano, nos pongamos a pensar nuevamente, dando a luz un reverso de ese mundo terrible y desesperado donde sólo existe lo no verdadero. Así considerado, *Los espantos* es un llamado, aunque paradójico, a una nueva utopía.



Decantaciones omnímodas

La filosofía argentina en *Los espantos*.

MARIANO GAUDIO (CONICET - UBA)

La permanencia del terror en múltiples e irreductibles formas se condice con una comprensión estética de lo posdictatorial en términos de no-verdad adorniana. Esta tesis recorre *Los espantos* de Silvia Schwarzböck y en cierto punto se detiene en el salón literario de los '80, entre cuyos subproductos o *ismos* se encuentra la filosofía argentina asociada al “burocratismo”. En la época posdictatorial la vida cultural se vuelve diurna y adquiere una racionalidad burocrática que sintoniza en una misma lógica la cultura, los medios y la academia (p. 81). La estrecha identidad entre filosofía y servicio público funciona como puntapié para un abanico de consideraciones de Schwarzböck sobre la situación de la filosofía en Argentina, y aquí nos detenemos nosotros para analizar semejante espanto, la filosofía argentina, en la cual se manifiestan algunas decantaciones que devienen omnímodas y metamorfosean la gesta hasta disolver lo filosófico y convertirlo en un saber-para u objeto utilizable y rentable en la democracia y su mercado de ideas. Este concepto –esperamos– se aclarará con el desarrollo.

Ante todo, una primera decantación se observa en los nombres: los *filósofos* argentinos no son considerados como tales, sino sólo como *intelectuales* o *pensadores* “en la única materia de la carrera que se ocupa de ellos” (p. 83), es decir, en *Pensamiento Argentino* y *Latinoamericano*. La distinción podría presuponer que los filósofos no se ocupan de lo público y concreto, y que cuando toman posición y se embarran en decisiones se convierten en intelectuales de un determinado sector social o en pensadores de coyuntura. Sin embargo, hay algo más: la distinción denota que los últimos mercadean con ideas que vienen y van, que se tuercen en un determinado momento hacia una toma de posición y que luego se eclecticizan en variaciones temporales difíciles de conciliar. Lejos de la sistematicidad, el periplo impredecible y contingente serviría de excusa para liquidar la cuestión de la existencia de la filo-

sofía en la periferia y evitar la sanción sobre un tópico implícito e inconfesable: su carácter subvaluado y distorsionador respecto de las corrientes originales y centrales. Pero aceptar todo esto implica otra distinción al interior del nombre “filósofo”: una cosa son los Filósofos (grandes, originales, generadores de ideas, etc.) y otra cosa los profesionales de la filosofía que se dedican al estudio académico especializado. Para éstos decirse filósofos es altanero y pedante, más aun en la periferia, y decirle filósofos a aquellos profesionales que hicieron otrora lo mismo que ellos ahora, es un exceso, prácticamente un espanto. Mejor denominarlos intelectuales o pensadores.

Así, mientras los profesionales trabajan seriamente con las ideas en la academia, los intelectuales juegan con ellas (las manosean, moldean, sacuden, rompen o recrean) en el patio ficcional del espacio público. Ahora bien, “la única materia” –como señala Schwarzböck– está dentro de la seriedad académica, y entonces arroja con el contexto histórico-cultural de ideas circulantes las ocurrencias y el eclecticismo de los pensadores. Los salvan, los maquillan con

En todos estos cauces [de las decantaciones omnímodas] el proceso, que es por sí filosófico si de este modo lo vemos, se autoabsorbe, congela lo dinámico y convierte la inmensa tierra fértil y fecunda, exuberante como América entera, en desierto.

un clima de época, y a la vez los momifican y clausuran, porque impiden tanto sus miserias como sus genialidades. La historia de las ideas degenera en cronología epocal: sin conflictos, sin contradicciones, sin disputa de sentido, sin diferenciaciones de clase; a lo sumo, con algún díscolo o corriente bastarda, absorbidos siempre desde la historia, desde una

historia entendida como colección de ideas. ¿Qué queda luego para la filosofía? Acomodar las estanterías, rellenarlas un poco más, jugar con las evocaciones... Se vislumbra así otro aspecto de la decantación omnímoda que fija ideas y anula la efervescencia de la discusión no-histórica que las vivifica.

El contraste con la literatura resulta nítido, porque la filosofía –dice Schwarzböck– carece de una tradición con la cual pelearse: “Sin una herencia, no hay contra quién pensar: ni un Martín Fierro ni un Hegel vernáculo” (*Ibid.*). Esta ausencia de una mo-

dernidad fuerte, o de un sistema completo, lejos de ser una inyección para pensar, representa un desvío hacia el ensayismo. Ahora bien, ¿qué significa “no hay”? La metafísica de la ausencia contiene un gran potencial significativo no sólo filosófico, también artístico. Pero la desactivación de las ideas en el coleccionismo invierte el falso epígrafe sarmientino y logra que el personaje degluta el concepto: *a las ideas se las degüella, a los ensayistas no*. Entonces, “no hay” (herencia, tradición, enemigo) significa “no hay referencialidad”; no porque no se encuentre, sino porque no se construye, o se construye según los parámetros de objetos fácilmente ubicables en la repisa de ideas. Si se quisiera producir la referencialidad o apenas trascender lo histórico para lidiar con la sustancia filosófica y recuperar la vitalidad conceptual, se recibiría la sanción académica indefectiblemente condenatoria, coherente con el mantenimiento del *status quo*: “la santificación del ensayo no sólo no cuestiona la departamentalización del espíritu en vigencia, sino que hace que el ensayismo argentino ocupe dentro de ella, con la ayuda de los estudios culturales, el lugar más conveniente para la Gran Filosofía europea” (p. 84). El género licencioso no incomoda al *establishment*: deja cada cosa en su lugar, en el museo de la barbarie donde lo insólito, lo siniestro o demoníaco, calma la sed de novedad y genera una connotación entre compasiva e hilarante.

Schwarzböck detecta algo muy sugestivo en el ensayismo: la curiosidad antropológica cede el lugar del ver; se descentra, no para enriquecerse en tensión, sino para perderse en la posición extrínseca. Este proceso tan denunciado por nuestras filosofías de la emancipación se corresponde con el movimiento natural que Sarmiento adjudica a la literatura: “se pondera como original –como originario de América– lo que se ve como original desde el espíritu europeo. El ensayismo ocuparía el lugar de nuestra épica: otra sublime barbarie sublimada” (*Ibid.*). Al canalizar un objeto sustituto (lo exótico para ojos foráneos) de una presunta originalidad, la épica a la vez falsea y realiza, porque pretende llenar el “no hay” con una transposición forzada, que no responde a sus raíces. Esta simulación contiene el poner como algo enajenado: pone, y no ve que pone, y lo que pone ya no aparece como puesto, sino como dado. Es una suerte de conciencia sin *autós*, donde lo puesto reemplaza el poner con “lo natural”. Pero si detrás de lo puesto hay una actividad

ponente, lo encubierto agita la tensión. La referencialidad se torsiona y lo sustituido recobra, por la represión misma, su fuerza y motivo de ser. Las filosofías de la emancipación han emergido desde el desborde de lo originario y contra la decantación omnímoda que buscaba detenerlo y ocultarlo.

No obstante, el ensayismo refleja incluso algo que quizás escape al esquema filosófico de la emancipación: el tema recurrente del ensayismo, la Argentina (o la cuestión nacional, y no lamentablemente lo americano), aparece como un intento de enraizar el discurso y darle un barniz de originalidad. Al modo de un enigma que sublima el regurgito de lo bárbaro en la ciudad ordenada, historiadores de las ideas y sociólogos se apresuran a encontrar una explicación para lo nacional. Bien señala Schwarzböck con una analogía contrastante: “Ningún filósofo lee filosofía alemana –ni siquiera los alemanes– sólo para entender a Alemania” (pp. 84-85). En nuestro pago, en cambio, los pensadores sólo valen la pena si dilucidan el ser nacional bajo cuestiones históricas o sociales. La autora (es decir, la filósofa) caracteriza esta singularidad como concesión sin forcejeo, en cuanto la filosofía se deja sustraer por aquellas disciplinas. Esto, por sí mismo, no es malo, porque la contaminación conceptual entre campos del saber significa enriquecimiento y complejización. Se vuelve un trastorno cuando en la cooptación no queda nada para la filosofía, o cuando el profesional renuncia a pensar la cuestión nacional-latinoamericana o el objeto que sea desde una perspectiva filosófica. La academia lo disciplina desde “la única materia” y con el tabú del análisis ético-político (para no hablar del metafísico) de los pensadores precedentes. Todo eso está prohibido. Así, el estudiante abarrotado de biografías y acontecimientos, de estadísticas y rigores metódicos, de reducir los términos a referentes empíricos precisos, etc., se abisma y sucumbe, si no lo ha hecho ya desde el prejuicio de la subvaloración hacia la cultura nacional y latinoamericana. La imaginación productiva se acostumbra a reproducir *papers* sobre temas y filósofos ignotos de los cuales no brota a primera vista ninguna conflictividad. Lo original, que en el ensayista se reduce al propio ingenio para combinar, sorprender y agotarse dentro del personaje o de la coyuntura, en el profesional se diluyó por completo, y a lo sumo su épica burocrática se compensa con el título de una ponencia o de una investigación.

A nuestro entender el problema reside no sólo en que adoptamos la visión foránea-arqueológica, sino también en que la disociamos del acto de ver y de sus implicancias creativas, colaborando así con la mirada central y con la fuga de una originalidad que ya ni siquiera se imagina. En giro kuscheano podríamos agregar: *pero nos fascina*; esa disociación, como ocultamiento, operar inconsciente, autoflagelación, o conspirativismo, *nos cautiva*. Tal hipótesis, aunque constituye una decantación que se cierra sobre sí, nos llevaría un poco lejos. Basta decir que se trata precisamente de aquella referencialidad incompleta, que no capta lo originario como producido, sino como dado y trascendente, para atormentarse y sugerir sin afirmar. El recurso, más literario que filosófico, encaja perfectamente con el enigma del ensayismo, y cuando debiera perder el encanto con la discusión fue sustraído por las otras disciplinas.

La contracara necesaria de la falta de tradición es el –igualmente nocivo– caso excepcional recuperado, que según Schwarzböck desemboca en la reverencia acrítica. Este giro, que se da en las disciplinas duras de la carrera de filosofía, confiesa más de lo que aparenta. La filósofa lo concatena con la descarga de la beligerancia en autores no argentinos. Curiosamente la discordia vendría de afuera y se iría hacia afuera. El quehacer filosófico se empodera seleccionando y armando un rompecabezas (el programa de la materia) cuya fundamentación a veces se atiene simplemente a la costumbre de la cátedra. Dice Schwarzböck: “Cada cual se arma el propio canon, hundiendo y rescatando filósofos extranjeros con absoluta libertad. El canon de hundidos y salvados se transfiere a la enseñanza de la filosofía antes que a la escritura filosófica” (p. 85). Con esto desnuda el decisionismo fundacional, que se positiviza con la jurisprudencia de programas que antaño habrían discutido y definido los clásicos que debe conocer todo iniciado. Luego, el estudiante, el ayudante de cátedra o el egresado, podrían seleccionar y jerarquizar sus preferencias, probablemente desconociendo el poder del currículum oculto. Así, la síntesis prefabricada hunde las huellas del momento originario de composición y creatividad, y se anima a la beligerancia –o a las interpretaciones audaces– en los salones y no en los textos. La gran pregunta es por qué este movimiento, sea fundante o reproductivo, no puede ocurrir en “la única materia”. Al respecto, ni la ausencia de tradición ni la discutibilidad de la selección son

motivos aceptables, porque ambos relucen en cualquier otra área filosófica. Tampoco la inespecificidad del pensamiento argentino y latinoamericano sería un obstáculo para una temática tan afecta a la interacción con la historia o con la sociología. ¿Por qué entonces no se puede formar un canon?

En pocos años más se cumplirá un siglo de la pregunta de Mariátegui sobre la existencia de un pensamiento latinoamericano. En la época de Mariátegui el “no hay”, además de denunciar nuevamente el reproductivismo acrítico, abre y legitima el proyecto de plenificación futura con raíces propias –con alma indígena y mestizaje–, aunque no sin desconfiar del optimismo desatado con la decadencia de Occidente, e incluso sobre esta misma decadencia. De ella no se sigue el esplendor de América, y el supuesto futuro promisorio constituye el reverso esterilizante del ideal: la simple espera y ensalce de la meta soslayan el proceso de gestación. Si el ideal no potencia efectivamente la actividad actual, oficia de condena y ancla de hundimiento, eternizando el instante pre-filosófico. Así procede la decantación omnimoda en las múltiples vertientes analizadas: la degradación de filósofos en intelectuales o pensadores, la historización que impide la filosofía y desactiva las ideas para hacerlas coleccionables, la fuga de la tradición, la referencialidad incompleta, el ensayismo diletante y opinológico, la barbarie envasada en museo, el burocratismo de la profesionalización, la compasión y la descarga beligerante que denota un trabajo de aula no exteriorizable. En todos estos cauces el proceso, que es por sí filosófico si de este modo lo vemos, se autoabsorbe, congela lo dinámico y convierte la inmensa tierra fértil y fecunda, exuberante como América entera, en desierto. En esta decantación que no se reconoce como tal se deshace la filosofía, se subsume en el “no hay”, otro de los espantos y derrotas que desata el libro de Schwarzböck. Claro que estas decantaciones no las habríamos podido detectar sin la ayuda de muchos filósofos latinoamericanos que ni siquiera mencionamos.

Sobre *Los espantos* de Silvia Schwarzböck

RODRIGO PÁEZ CANOSA (UBA)

De las múltiples cuestiones que plantea *Los espantos* se desarrollarán aquí cuatro que permiten en su discusión pensar aspectos de nuestro presente político desde una perspectiva no ligada inmediatamente a la coyuntura. La primera es la cuestión de la explicitud y sus efectos en nuestra historia reciente. Schwarzböck sitúa el pasaje al régimen pornográfico de lo explícito en la década del '90. Es entonces y más precisamente en la reelección de Menem en 1995 que se consuma una lumpenización¹ total de la sociedad en la que la creencia en la falta de alternativas políticas se traduce en una cómoda resignación a vivir bajo la dinámica del consumo y la “vida de derecha”.

El régimen obsceno y su envés moralizante, la ideología de la transparencia, son dispositivos efectivos para la consolidación del neoliberalismo. En la posdictadura no sólo permitieron consolidar la victoria de los sectores económicos que promovieron el golpe del '76, sino también mostrarse sin tapujos como los auténticos decisores de los asuntos públicos. Mientras que la izquierda, el progresismo y el peronismo tuvieron que reeditarse para encajar en la nueva situación posdictatorial, los grupos económicos se mantuvieron idénticos a sí mismos, como es propio de los vencedores. Así, mientras que la pasión por desocultar era propia de la izquierda, la visibilidad total que la consumó no trajo emancipación, sino una dominación transparente.

Ya en mayo de 2001 Schwarzböck se ocupaba de la cuestión de la explicitud en el prólogo colectivo al dossier “Obscenedad y pensamiento crítico” de la *Revista Adef*.² Allí la obscenedad aparece como un régimen que liquida la crítica en todas sus formas y que mantiene un lazo íntimo con la delación. Con la explicitud la pulsión deve-

¹ Cf. Schwarzböck, Silvia, “Volvieron las clases” en *El río sin orillas*, N° 3, pp. 52-69.

² Cf. *Adef. Revista de filosofía*, Buenos Aires, Altamira, vol. XVI, n° 2, 2001, pp. 87-92.